

Apuntes de una bailarina en África

Lilly Alcántara

I

Para empezar, les cuento que la ruta por donde llegué fue muy peculiar, porque las escalas que durante tres días hice por Madrid, Casablanca (Marruecos), Dakar (Senegal) y Guinea Bissau, antes de llegar a mi destino, Conakry (Guinea), me permitieron sentir un poco cómo se va amorenando la piel hacia el continente Africano: y, parecerá exagerado, pero en verdad la sensación es fuerte al entrar a la tierra donde Dios es llamado Alá, y pues el país donde yo llegué, aunque es ya “África negra”, o subsahariana, es musulmán en un 90 por ciento.

Estuve esperando toda la madrugada y parte de la tarde de un día en el aeropuerto de Dakar para poder tomar el vuelo de hora y media a Conakry, y no salí mucho de ahí porque sí se sentía denso el ambiente para una *foté* (blanca) solitaria, sobre todo en la madrugada; hagan de cuenta la salida de la Terminal del Norte del DF: coyotes, taxis particulares, gente que cambia divisas, todo el mundo preguntándote algo. Pero llegó una hora, como a mediodía, en que el ambiente se volvió benévolo y todo se suavizó; entonces ya pude deambular por todos los rincones del aeropuerto, sin que peligrara mi equipaje, y hasta salí a tomar aire fresco —cálido como el de la costa— a la entrada del pequeño edificio y pude entonces recrearme en la elegancia y la belleza de la gente, con sus suntuosos trajes de telas de todos colores y diseños, en combinaciones únicas: las mujeres con su lapa-falda, blusón y tocado de la misma tela y ellos con su “buba” o túnica musulmana y pantalón de telas muy finas.

Estuve muy feliz ese tiempo, asimilando dónde estaba, y tratando de recordar el poco francés que sabía, pues de ahora en adelante estaría con francoparlantes, “susuparlantes” y hablantes de por lo menos otras seis lenguas locales, hasta que llegó la hora de tomar el avión. Sorprendentemente, me tocó al lado un compañero que hablaba español: un venezolano que trabajaba en una ONG. Se bajó en Guinea Bissau y ahí se subió otro compañero de asiento que era un señor medio güero (ya éramos dos los arrocillos entre los frijolazos) que hablaba un inglés con

acento como de ruso. Se veía normal, aunque un poco exaltado, hasta que comenzó a contarme: ¡traía tres costillas rotas! (tuvo un accidente) y llevaba tres días esperando cómo llegar a un hospital de Senegal, pues no había encontrado avión... Era de Sudáfrica y venía todo enojado, y pues yo traté de consolarlo y decirle que todo saldría bien...

Ya en Conakry todo comenzó a ser bastante más fluido: M'Bemba —el maestro de danza y percusión en cuya casa me estoy quedando— es todo un *businessman* en la ciudad, y a veces lo veo, pero la mayor parte del tiempo estoy relativamente sola, haciendo cosas pero custodiada por alguno de sus amigos-ayudantes, que son todos muy respetuosos y amables, aunque la verdad, mañana trataré de acercarme a las mujeres que están enfrente de la casa, ¡porque me hacen falta amigas! Y es que he aprovechado estos primeros días para aprender susu y francés, pues es horrible no poder comunicarse. Ya aprendí bastante: *inowali* (gracias), *tanamouki* (buenos días), *tanamoukere* (buenas tardes), *wontina* (hasta mañana), entre otras. Aquí es muy importante el saludo, como para los mexicanos.

Al llegar a Conakry, lo primero que me dijo M'Bemba, quien conoce México, fue: “¿Verdad que es como México?”, y la verdad que sí, en muchos sentidos: Conakry es cálido como el sur de Veracruz y el mar de su puerto es tan sucio como el del nuestro, bueno, la verdad en basura sí está peor: creo que es lo más feo de esta ciudad: basura por todos lados; y en las calles terregosas hay una mezcla de pedacitos de cáscaras de frutas con papelitos y plásticos que denotan la entrada salvaje de los más inmediatos y desechables productos de “la modernidad”. Me han dicho que Conakry es uno de los países más pobres de África, pero es de aquellos que han conservado más arraigadas sus tradiciones; por ejemplo, en música y danza, las han desarrollado a niveles de excelente calidad. Al parecer, esto tiene que ver con la obtención de la independencia en 1958, con el apoyo de Cuba; a diferencia de otros países de África Occidental, Conakry expulsó a todos los “blancos” o colonialistas, se declaró comunista y se cerró, con todo lo que esto implica: atenerse a su propia riqueza natural y cultural...

II

En todo Conakry hay muchos árboles de mango y algunas palmeras, y la tierra es roja como la de Cuajinicuilapa, Guerrero (Costa Chica). Ahorita es la temporada de secas, y poca humedad, hay vegetación moderada y flores como del tipo de las “aves del paraíso”, naranjas y rojas. Hay lagartijas por todos lados y la gente cría gallinas (en el campo también crían vacas y chivos). El primer día fuimos al *village* o campo y fue precioso,

para así poder comprender mejor esta tierra pues en la ciudad está más concentrado todo: puestitos y mercados, casas grandes y chicas, escuelas, mezquitas, renaults viejos y magbanas (el transporte público, camionetas). En la carretera —hagan de cuenta que íbamos por el camino a Coyolillo, por Actopan, o por Jalcomulco, por los arbolazos de mango— pasamos por el borde del mar y también por un río grande y bello que se entregaba al mar en cuatro brazos, con aguas verdes cristalinas. Pasamos junto a una pequeña sierra, también, donde el clima se puso ligeramente fresco, y a lo largo de todo el camino pude ver las casitas tradicionales, que en promedio son cuadradas, de adobe, con techo de palma, y al lado tienen su “redondo” con paredes también de adobe y a veces otro “redondo” sin paredes, como palapa, para trabajar o para tener ahí a los animales. A medio camino se ponchó la llanta y tuvimos que esperar horas a que fueran por el técnico y arreglaran el desperfecto, pero una familia que vivía al borde de la carretera nos dejó esperar a la sombra del gran mango frente a su casa, y con hospitalidad nos ofrecieron yuca o mandioca, y *lefuré* (naranjas). También fue ahí que probé mi primera comida tradicional: *bandé anu yékhé*: arroz con pescado (mmmmh), *ayonkhun* (riquísimo) estaba picosito como en México, porque aquí le ponen salsa o chiles habaneros rojos a la comida, eh.

Como ando nada más viviendo y aprendiendo la lengua local en lo que comienzan los talleres de danza y percusión, pues me fui al otro día con Jack —uno de mis primeros amigos-guías aquí— a ver el partido de futbol, Congo vs. Guinea, a casa de su hermano mayor. Jack es instructor de futbol soccer en una escuela, así que sabe todo lo de los partidos y, por supuesto, de México conoce a Campos y a otros. Y es que ahorita está la Copa Africana y es la locura. Ganó Guinea y me tocó ver los ríos de gente, niños y jóvenes de ambos géneros corriendo y gritando por las calles, celebrando, trepados en los carros y mojando a la gente, cantando y tocando latas, botes y grandes calimbas, aunque la celebración trajo también tragedias, como en la esquina de la casa, donde un muchacho que iba manejando en zig-zag atropelló a un inocente. Murieron ambos.

Ayer fuimos a comprar unos tambores que necesito para los talleres, y M'Bemba me hizo el favor de llevarme: conocí un taller donde tienen todos los “marcos” para tambores y cientos de chivos que venden para la gente (ahora viene una celebración musulmana importante que requiere el sacrificio de un chivo) y toman las pieles para los tambores. Lo bueno es que fue M'Bemba conmigo, porque de inmediato identificó unos buenos tambores e hizo todo el regateo correspondiente para obtener un precio justo.

Aunque hay poca variedad, siento que la gente come bien por acá (y no están tan bombardeados de chatarra, como nosotros en México); el arroz y la sal son de la región, así que no están “blanqueados” (refinados) y saben muy buenos. En los múltiples puestitos de cosas básicas que encuentra uno en cada barrio, se hallan muchas naranjas peladas, bananas que son verdes por fuera pero dulcísimas, *togolé* (huevos), cacahuates, plátanos fritos (como en Veracruz), yuca frita, pescado (se cocina en el exterior de las casas con carbón), pan tipo europeo (*baguette*), miel, esteras o petates de frutas, piña, papaya, coco, y otras cosas para vivir: canastos donde tienen medicinas y enseres para primeros auxilios, herramientas, alguna ropa occidental nueva y usada, y muchas telas de estampados preciosos. Los precios todavía no los domino muy bien, pero digamos que un peso es poco menos de 200 francos guineanos, y un viaje en *magbana* cuesta 200 francos guineanos, unas 6 naranjas 300 fg, un cafecito como 300 también, una comidota de arroz con pescado y verduras 1000 o 2000 fg, una hora de internet 4000 fg, una lata de atún 1500 fg, una lata de carne 3000 fg, etc.

III

Pues ya les digo, la primera semana me la pasé prácticamente sola con la banda “conakrense”, aprendiendo susu y un poco de francés con los amigos de M'Bemba: Mohammed, que es su hermano; “Black”, que es maestro de percusión; Molo, que hace los trabajos más pesados como pintar y limpiar la casa; Youssouf, que es sastre y hace unos conjuntos bellísimos con las telas africanas; Ibrahima, alias “Jack”, a quien ya conocen; y el otro, Ibrahima, que es un amor de chavo: tiene los ojitos bizcos y le bailan cuando te mira, y es un angelote: toca, baila, es noble y atento, y nos hemos hecho muy buenos amigos. También conocí a la numerosa familia que vive enfrente y a una señora bien linda que vive por la colonia, se llama Aminata y es de Sierra Leona, por lo que podemos hablar un poco en inglés y me explica algunas cosas de aquí.

También me han dado ya un nombre susu, como a la mayoría de los que se quedan en casa de M'Bemba: así que “T'Khili La Guine Makhissa” (en Guinea me llamo Magissa). He logrado comunicarme con mucha gente, articulando algunas frases en susu y aprendiendo el vocabulario básico de las cosas que también hay en México, porque me interesa compartirles el hecho que los mexicanos tenemos muchas cosas en común con ellos, por lo menos más que los europeos o gringos. Y pues déjenme contarles que ya hice famosos a algunos de ustedes, como a mi familia, a Rocky, a Sonorita —el maestro de danza sagrada de los concheros de la

Conchita (Él es Dios)—, y a todos los de la Costa Chica, porque me llevé unas pocas fotos de México y a mis nuevos amigos y amigas les gusta verlas. Están fascinados con la Costa Chica; dicen en susu: “*Mexico noun La Guinnê maniyê*”, es decir México es como Guinea, y hasta se enamoraron de mis amigas costachiquenses.

El 2 de febrero también estuvimos de fiesta aquí, ya que se llevó a cabo una gran celebración musulmana que se llama Tabaski, día en que todo mundo va a rezar a la mezquita y luego, si tienen posibilidad, sacrifican un chivo y todos comen, bailan, festejan y estrenan trajes preciosos. Ya me explicaron que el Tabaski es complementario al Ramadán, que fue entre noviembre y diciembre, y que consistió en cuarenta días donde se reza, se come algo a las 5 de la mañana, y luego se ayuna todo el día hasta las 6 de la tarde. Black, que en realidad se llama Nansadi Keita, será uno de los maestros en los talleres que ya comienzan mañana. Él es de Kourussa, una villa con muchísima tradición, toda su familia son músicos, y vive en el barrio vecino, donde tiene un grupo de música tradicional. En el Tabaski, él y su grupo vinieron a nuestra colonia (Lambanyi) a tocar con los *djembes* y *dun dunes* toda la madrugada, de casa en casa, donde la gente sale y baila un poco y les dan dinero. Me invitaron a tocar *kenkeni* con ellos, pero Mohammed dijo que no era seguro que saliera en la noche y me encerró en la casa con un candadote. (Me dio risa su gesto de protección tan contundente.) Ya al otro día me dejó salir a tocar con todos y fuimos a las casas más grandes de los dos barrios vecinos, donde vive la gente con más dinero; y pude ver los interiores de las casas, sus atuendos festivos y tradicionales (las mujeres usan velo como en el Medio Oriente para entrar a la mezquita), y en una casa asistimos incluso al sacrificio de un chivo.

Aquí las voces de los hombres me suenan muy graves y profundas, y las de las mujeres muy agudas y musicales; como que está muy polarizado lo femenino y lo masculino, y poco a poco voy conociendo los propios contrastes del mundo femenino: las mujeres trabajan muchísimo aquí, y al mismo tiempo exigen mucho a sus hijos: los grandes cuidan a los menores y todos deben hacer quehaceres; si no, tremendos zapes que les meten. Y ahí ves a las mujeres cocinando con carbón, moliendo yuca en un gran mortero y lavando ropa a mano en sus cubetas, pero luego llega la tarde y algunas de ellas se bañan y se ponen preciosos vestidos y joyería de oro que las transforma en diosas: diosas cargando hijos a horcajadas. El otro día, una de esas abuelas me dio un abrazo y sentí fuertísimo, como el consuelo de las penas de toda una vida.

El otro día fui al mercado del barrio (Lambanyi) y fue la revelación para comprender mi nueva cotidianidad aquí: es como un tianguis mexicano, aunque con menos cosas, pero lleno de gente que grita y regatea, donde venden todo lo que se necesita para vivir y cocinar: jabón comercial o hecho a mano y jabón negro para piel morena, medicinas, ligas y accesorios para peinados de las mujeres, latas de salsa de tomate, condimento *Maggui* (muy importante y popular aquí), telas, carbón, aceite de palma, hojas frescas de *casava* y de papa que muelen y cocinan de muchas maneras, arroz, verduras como calabaza, tomatitos, cebollitas y chiles habaneros, salsa de cacahuete, pescado, pequeños trozos de carne de res y unos montoncitos de carne peludita que no identificaba hasta que Aminata me dijo —al mismo tiempo que distinguí entre la carne unas manitas negras— ¡que era carne de chango!

Ya algunas chicas le echaron ojo a mi pelo y me quieren hacer trencitas, pero todavía no me animo. Aminata dice que lo haga “por la cultura” y que le va a decir a su hija que me las haga; ellas se ven bien guapas. En el camino principal hacia el centro hay muchas sastrerías y saloncitos de belleza donde comúnmente se ven grupos de chicas haciéndole trencitas a alguna muchacha: hay una variedad increíble: de abajo hacia arriba, de adelante hacia atrás, en “caminitos” pegados a la cabeza, como rastas chiquitas, rastas grandes, con moñitos, con extensiones, etc.

El martes nos llevaron a una playa hermosísima que se llama Rum y se encuentra en una isla a 45 minutos en lancha de uno de los muelles de Conakry. Fue bonito dejar por un rato el ruido de la ciudad, las emanaciones de gasolina de los carros (cuando hay gasolina, porque a veces se acaba y se inmoviliza todo), las casitas y puestos de lámina, madera y cartón, la basura y el polvo en las calles para navegar por un rato en un mar color jade. Desde la lancha vimos varios barcos bien oxidados y semi-hundidos, y me contaron que son restos de una invasión que Portugal hizo a Guinea-Conakry en el 70 y para la cual se aliaron con Guinea-Bissau. El mar y la playa del lado Atlántico de la isla, es como el Pacífico mexicano: mar azulado-verdoso con arena amarilla y olas suficientemente grandes para jugar. Había muchas palmas, por supuesto, y grandes ceibas.

Esta semana llegaron dos amigos de México: Nani y Sharon, y un grupo de norteamericanos, y hoy llegarán más mexicanos. También comenzaron los talleres de danza y percusión, así que estuvimos bastante ocupados y exhaustos. De la música y el baile lo único que puedo decir ahora es que es la polirritmia en su máxima expresión. Cualquier pieza de ensamble de tambores lleva frases complejísimas, que los tambores se contestan entre sí, atravesados unos con otros, y de plano a veces siento que ya ni caden-

cioso es: una saturación de ritmos y armonías que surgen de estas combinaciones, pero que verdaderamente hablan y significan para ellos, pero para un oído fuereño es difícil asimilar: a veces no encuentro en cuál de todos los ritmos apoyan los bailarines sus pasos. Claro que también hay cosas suaves, armoniosas y dulces, cantos tradicionales con instrumentos de cuerda como la *kora* y el *bolon*, y música pop muy cadenciosa donde trasladan ritmos de tambores a guitarras eléctricas.

Ahorita está el fútbol: Guinea-Mali, acaban de anotar un gol, euforia.

IV

Sobre los hemisferios del cuerpo africano, puedo contarles que me ha costado un poco de trabajo desprenderme de ciertos códigos que algunos tenemos muy arraigados en México —como el DAR con la mano derecha y RECIBIR con la izquierda— para adaptarme a una codificación del cuerpo en diferentes polaridades: la mano derecha es la “buena” para saludar, comer, recibir y dar algún alimento, y la izquierda es la mano con la que se limpia uno al ir al baño, el que, por cierto, consiste en un agujero en el suelo, donde no se usa papel, sino que te dan una jarrita de agua para enjuagarte.

Conocer la lengua susu me conecta con el sentir general de la gente aquí y su manera de ver la vida: al principio se aprende a saludar, pero conforme uno simplemente existe, se aprenden palabras como *agonó* (“duele”), *diye’ma* (“perdón”) y hasta *era faman* (“te amo”). Aprendí además que existe la misma palabra para “mes” y “luna” (*kikhe*); al proceso hormonal que tenemos las mujeres cada mes (menstruación) se le llama “trabajo de luna” (*kikhe wali*); el nombre de este país significa “Mujer” (*Guiné*). A veces ya creo distinguir palabras susu en los golpes de los tambores (aquí el tambor habla, en serio), y ya un maestro me está presionando para que aprenda malinke, pues la música malinke es tan importante como la susu en Guinea.

Aquí cualquier guineano baila o toca un instrumento con toda facilidad; tienen un oído increíble: el otro día me puse a zapatear jarocho con uno de ellos y sacaba los pasos como si los conociera desde siempre. La gente entonces tienen un oído y una sensibilidad gestual impresionante: les hablas en español y por los tonos y gestos que usas parecen comprenderte y hasta te contestan o remedan lo que dijiste. Nos hemos dado cuenta que ellos ven a los “fotes” o blancos como lentos o menses, pero si tienes talento para comprender su música y baile, te respetan y te dan mucho cariño: creo que uno de los mayores cumplidos que te pueden hacer aquí es que señalen tu cabeza y te digan: *I khakhili fan* (algo así como: “tu entendimiento, tu espíritu es bueno, eres inteligente”).

Mañana ya terminan los talleres organizados por el maestro M'Bemba: nos aventamos dos semanas y media tomando cuatro clases diarias (dos de tambor y dos de danza), con varios de los mejores tamboreros y bailarines de Conakry y las compañías nacionales, y aunque estamos exhaustos, también sirvió mucho para darse una buena idea, general, de los ritmos, pasos de cada danza y sus significados.

También ya hemos ido a varios conciertos y a unas fiestas populares que se llaman *dun dun bas*. Los *dun dun bas* son como los fandangos de Guinea, y generalmente los organiza una familia por motivo de una celebración. Pero a diferencia de las fiestas en México, éstos duran poco por los horarios de los rezos musulmanes: como de 4 a 7 pm, pero son intensísimos: llaman a un grupo pequeño de tamboreros y se les unen otros más, quienes tocan varios ritmos, mientras que la gente se congrega en círculo alrededor, y los que quieren bailar salen uno por uno, a improvisar pasos súper energéticos y a veces acrobáticos. Es bien catártico, se siente la energía a todo lo que da, y al parecer no se bebe alcohol para que la euforia se active; y para tomar turno para bailar usan un pañuelito, porque a veces todos quieren bailar al mismo tiempo, y alguien tiene que poner orden. A veces reparten bolsitas con agua de sabor y frituritas de harina. Otros festejos del estilo son los *solis* (malinkes) y los *sabares* (senegaleses), y en todas ellas, como en los conciertos, la gente les avienta o entrega dinero a aquellos que bailan o tocan muy bien, así que siempre siempre los artistas reciben billetes, lo cual es muy estimulante: el otro día me tocó que me arrojaran dinero al bailar y se siente bien bonito.

Quizá más adelante algunos de los mexicanos nos vayamos a pasar un tiempo al *village* (pueblo) a conocer la tradición de verdad, pues la ciudad es muy ruidosa y caótica. El otro día conocimos Kindia, que es un pueblito muy tranquilo y reconocido por sus telas artesanales llamadas *indigo*, y de regreso pasamos por un parque precioso, donde había unos bambúes gigantescos y una cascada (pequeña, porque es temporada de secas) que emanaba una paz amorosísima.

Y así, seguimos aprendiendo, mandando cantos y rezos al otro lado del océano, desde esta tierra que a veces siento como si estuviera habitada por los espíritus más viejos de la humanidad.

V

Retomando unas preguntas que me hace mi apá, escribo:

La ciudad de Conakry, que es la capital de Guinea, tiene prácticamente dos avenidas principales que atraviesan sus diferentes colonias,

pero dentro de los barrios no hay calles pavimentadas, sólo veredas y caminos de terracería. Hay casas pequeñas de bajareque y lámina, pero también hay casonas grandes de mampostería que pertenecen a los comerciantes *fulas*, a los funcionarios ricos o a aquellos que obtienen ingresos en el extranjero. Como en México, hay muchas casas o construcciones en obra negra o vacías, de la gente que se va a Europa o a Estados Unidos a trabajar, y mandan dinero para que les construyan sus casas aquí. A veces esa gente ya no regresa. En *enville*, que es el centro de la ciudad, hay edificios grandes, pero una gran parte están en muy malas condiciones, sin pintar o en deterioro. Cada barrio o colonia tiene su pequeño mercado, que es como un tianguis, pero en el centro hay un gran mercado, además del gran mercado Madina, que están bien establecidos con locales de concreto (como La Merced o los mercados de abastos en México) y donde venden de todo y por mayoreo, desde telas, pescado seco, artesanías y frutas, hasta artículos de higiene, electrodomésticos y ropa. Como ya les conté, las típicas casitas africanas “redondas” o *selebangu*, se ven más en el campo, donde es todo más natural, como en el campo mexicano. En la ciudad, entre carros viejos y uno que otro auto de lujo que quién sabe de dónde salen, abundante basura y locales comerciales instalados en vagones de ferrocarril, circula mucha gente de todas las edades, y también hay una gran comunidad de personas discapacitadas, quienes tienen sus carritos de pedales, hechos a mano con tubos soldados, llantas y manubrios, para poderse desplazar con independencia, aunque siempre están en riesgo, como todos, pues la gente es muy atrabancada para manejar y como peatón hay que saber torear muy bien a los autos. Llama la atención la gente albina, pues uno piensa, al toparse con uno, que se trata de un *fote* (extranjero, hombre blanco), pero luego, los ves bien integrados a la comunidad, las chicas con sus lapas (o faldas de tela africana) y sus trencitas, o los chicos yendo a la escuela en la magbana (transporte local) o vendiendo algo. Para aquellos “conakrenses” que no han tenido mucho contacto con extranjeros, todos somos *fotes* y les parecemos iguales: no distinguen entre gringos, europeos, orientales o latinoamericanos, y es con el trato como van sintiendo la diferencia, por ejemplo, de como somos los mexicanos. A mí, a veces, me han preguntado si soy de otros lugares, ¡y hasta han pensado que soy china o japonesa! Otra cosa que distingue a esta ciudad es la falta de luz eléctrica, que es dosificada a ciertas horas del día y de la noche: las calles de las colonias no están alumbradas, así que uno debe acostumbrarse a caminar en la oscuridad (nuestro barrio es tranquilo, te topas con sombras de gente que te saludan amablemente), y los localitos —sobre la avenida, que venden yuca

con pescado, naranjas, ensalada de *togolé* (huevo), frituras de yuca, pan con algún relleno o pequeñas brochetas de carne—, están alumbrados por velas o uno que otro foco solitario.

Me han preguntado si en la calle hay gente mala, y yo respondería que quizá menos que en México, pues aquí, como allá, si te arriesgas mucho a andar solo en un barrio poco seguro (como por el aeropuerto) donde no te conocen, pues sí te puede pasar algo. Y creo que no es tan violento como en México, que te sacan la navaja o la pistola, sino que más bien hay muchísima necesidad, y más bien te van a abordar platicando hasta que les des dinero o lo que puedas darles. E igual que en México, si te ven inseguro y temeroso es más probable que alguien se pase de listo contigo, que si te ven tranquilo y respetuoso.

Por otro lado, ya hemos salido algunas noches a dar la vuelta en la ciudad: hemos tenido suerte porque mi *kharamokho* (maestro) de tambor es joven y nos ha llevado en fin de semana a la disco a escuchar la música pop mandinga o susu, que son puros ritmos tradicionales melodizados y con letras bien lindas, que hablan del respeto a los mayores, o de compartir el *cobiri* (dinero) porque es Alá el que provee, etc. Nosotros hemos tomado cerveza, pero también creo que venden ginebra, ron y otros licores. Las cervezas más populares son la Skol, que a mí me parece bien fuerte y es de gran tamaño, y la Guiluxe, que es del tamaño de una “media”. Pero el gran descubrimiento fue que aquí tienen una bebida tradicional que es idéntica al pulque: se ve y sabe igual; y como el pulque en México, el “tugui” se vende en algunas casas, no en los bares.

Ya han estado enfermas dos personas en la casa de Lambanyi: una compañera se intoxicó con la medicina contra el paludismo y le salieron unas ronchotas rojas por todo el cuerpo, y otra estaba muy débil y con dolor de cabeza y ojos. Lo bueno es que le hicieron análisis y no era paludismo; al parecer se descompensó por el cambio de alimentación, porque estábamos comiendo menos frutas y verduras que en México (diario comemos arroz con diferentes salsas: de cacahuete, de hoja de yuca, de pescado con verduras, etc., y, por cierto, no creo que probemos la carne de chango).

Los africanos de Conakry son bien dramáticos: explosivos como su música y bien gritones. Cuando se arma la bronca, se arma un gran drama y todos gritan y se pelean, y parece el fin del mundo, y luego se habla y se habla y se habla y se discute hasta que dicen “ya, se acabó el problema” y todo mundo continúa la vida como si nada. Ya me ha tocado estar en muchos de esos dramas, pero lo loco es que los estoy viendo y no siento miedo o peligro, es decir, como que todo se exterioriza y no siente uno que la cosa vaya a pasar a una situación de riesgo, uh, es difícil

explicarlo. Creo que las peores broncas que he presenciado han sido por dinero y éstas sí han sido muy lamentables: he visto agarrarse a trancazos a mujeres y también golpearse entre hombres y mujeres; el otro día, una mujer desesperada hasta amenazó a un joven con un cuchillo. La verdad es que hay muchísima necesidad aquí, y cualquiera se pone contento de que les des aunque sea 100 francos (que son como 50 centavos mexicanos). De hecho, yo ya me estoy quedando sin reservas, porque disfruto mucho escribiendo las crónicas de mi vida aquí, pero el Internet es muy caro y, además, el otro día tuve que hacer algo imprevisto pero creo que muy necesario: uno de mis maestros, que sabe que vengo con recursos limitados, me está dando clases por muy poquito dinero, entonces supe que con unos dólares que le pagó una alumna de EU él quería comprar un refri a su mamá, pero no le alcanzaba más que para uno pequeñito que no le serviría para nada; entonces los vi tan desalentados a él y a su ayudante que le ofrecí completarles para que compraran uno más grande, como intercambio por su apoyo con las clases de tambor. Se puso tan contento, dijo que lo iban a usar para una tiendita que tienen, para enfriar refrescos y agua y ganar unos centavos (en su humilde tiendita casi ni mercancía tienen: cinco bolsitas de leche en polvo, pequeñas medidas de azúcar, diez cajas de cerillos, cinco cajetillas de cigarros y cinco latas de leche condensada). Así funciona aquí: tú me ayudas, yo te ayudo, y para todo hay que trabajar muchísimo.

Mi papá me preguntó si en Conakry están invadidos por las grandes compañías transnacionales, y le digo que la única es la Coca-cola, mientras que los productos más fuertes que se venden aquí, y que se ve que patrocinan las tienditas, son Maggui, Nescafé y Yago (una empresa que produce leche, margarina y la leche condensada que tanto se utiliza para el café aquí).

VI

Fotos sensoriales

1. Lagartijas grandes de cabeza naranja persiguiendo a otras más pequeñas; una de éstas huyendo de mí con su botín: una cucaracha, en el hocico.

* A las 5 de la mañana se oyen los rezos musulmanes por el altavoz de la mezquita; a las 6 pasa el tren por la casa; a las 7 se vuelven a oír los rezos.

2. Un amigo de 17 años, que siempre había visto bien sonriente y juguetón, se enfurece contra su hermano menor porque tiró la comida del día —el arroz—, y, con la ira encendida en su musculoso cuerpo, lo golpea hasta el cansancio con los puños, con un palo, con una rama con hojas, y hasta con una soga, hasta que yo pido que alguien intervenga, porque los aullidos del pequeño me provocan un dolor profundísimo, pero para todos en la familia es normal que un *grand* golpee a un *petit*.

* El juguito que te regalan en los *dundunbas* tradicionales en bolsitas pequeñas: es como un té frío, picosito y dulcísimo de jengibre, que se siente bien energético.

3. En la calle, la gente cargando todo tipo de cosas en la cabeza: en primer plano unas jóvenes vendedoras de comida cargan en la cabeza la banca donde se sientan sus clientes, y sobre la banca las grandes palan-ganas donde guardan el alimento.

* La permanente falta de agua: es increíble lo mínimo que uno puede llegar a utilizar para todo el aseo personal y, muy importante aquí, para lavar la ropa que en horas ya está toda llena de tierra roja.

4. Los chiquillos del barrio se acercan a escuchar y bailar bien prendi-dos cuando ensayamos tambores con mi maestro y su familia en el kios-quito de madera.

* El olor a sudor que inunda los espacios viejos o derruidos de los gru-pos artísticos de danza y percusión que ahí ensayan.

5. 9 pm: un policía apuntándonos con su pistola mientras abordamos un taxi colectivo, demandando el carnet de identidad del amigo que me acompaña a casa, pero a esa hora eso es un acto ilegal: están cazando gente para ganar “mordidas”.

* Cacahuates calientitos, recién asados y salados.

6. Pechos morenos amamantando bebés por doquier: en un *dun dun ba* tradicional una mujer canta y baila con los hombros, furiosamente, mien-tras amamanta a su hijo.

* El sábado es el día cuando se ven muchas mujeres jóvenes y guapas, pues ese día se arreglan muy bien y salen desde temprano a los cafés, los bares, y en la noche a la disco hasta las 4 de la mañana.

7. Tomando clases de tambor con los africanos y unos afroamericanos en la azotea de una casa, cuando de repente el cielo se llena de un humo espeso y maloliente: se está incendiando una casa vecina.

* Cuerpos encimados unos con otros en la *magbana* y en los taxis colectivos, convirtiéndonos en una masa humana bastante maleable.

8. Algunos mexicanos curando las heridas de nuestros amigos con nuestras súper pomadas de hierbas medicinales tradicionales (aunque aquí también hay muchos tratamientos tradicionales) cuando se acciden-

tan, o con los medicamentos que trajeron los norteamericanos del taller de M'Bemba.

* Un oído que cada vez comprende más susu y francés, y que ya distingue un saludo *malinke* de uno *fula*; sin embargo, el pan de todos los días son los problemas de comunicación.

9. Bajo los rayos intensos pero discretos del sol blanco guineano caminan criaturas que portan vestidos y velos negros que las cubren de pies a cabeza: son las mujeres censuradas del extremismo islámico.

* Una nostalgia me comienza a invadir cuando encuentro frijoles en algún puesto de comida, o aguacates en algún mercado, o como el otro día, que por primera vez vi elotes asados (dicen que en temporada de lluvias abundarán). Lo que sí no extraño aquí es el chile, que siempre te dan con la comida, en polvo o en salsita, y uno de los descubrimientos recientes: el yogur.

Sigo trabajando duro para aportar energía que nos alimente a todos; no es fácil, pero *paciencia* es la clave.

VII

Creo que es natural que en algún momento uno se confronte con mamá África y decida seguir intentando —desde el aislamiento y seguridad de la casa de Lambanyi— mantener a toda costa los propios hábitos, costumbres y formas de pensamiento; o sumergirse un poco o mucho más en la realidad africana (el “allá afuera” de la casa). Esto me sucedió a mí hace ya como un mes y medio, pues tuve la oportunidad de mudarme a casa de la familia de mi maestro Keyta, y llevo desde entonces escuchando puras conversaciones en susu o malinke; comiendo —con cuchara o con la mano— en el suelo el arroz o la yuca de un mismo plato compartido entre varias personas; utilizando los baños tradicionales al ras del suelo; viviendo sin luz eléctrica; sin saber qué hacer con la basura (pues en Conakry no existen los basureros municipales ni los camiones recolectores); aprendiendo música a la africana (es decir, sin un horario, entrelazada con la vida) y exprimiendo mucha más paciencia de mi ser de la que pensé que tenía, porque aquí, como en el campo mexicano, todo significa trabajo y paciencia: si te vas a bañar o quieres lavar ropa o trastes, debes sacar agua del pozo y esperar a que se filtre (si tienes suerte, pues hay gente que debe ir al río por agua); para comer igual: diario hay que ir al mercado —pues por el calor y la escasa economía no se almacenan los alimentos—, prender el fuego, preparar la salsa para el arroz (en mortero, el “molcajete” africano) y hervirla, luego preparar una gran cantidad de arroz que más tarde será racionada entre las diferentes

familias que conforman la casa. Ya no es como al principio de este viaje, que salía a la ciudad y regresaba a la casa hispanoparlante a conversar con los otros mexicanos; aquí, día y noche convivo con la doña de la casa: Mauleen Conte (su marido ha fallecido), los hermanos, los sobrinos, las esposas de los hermanos, algunos nietos de Mauleen de las diferentes esposas de sus hijos, dos perritos, los vecinos y familiares que vienen y van, y a veces pasan la noche o varios días con la familia. He tenido suerte, pues como la familia ya me conoce, siento que de alguna manera me protegen de muchas cosas que yo no conozco ni quiero conocer (como de la gente que te ve extranjero y piensa que tienes mucho dinero, o envidias que despiertas, o brujería que tal vez quieren hacerte), y yo en cambio contribuyo a satisfacer necesidades varias, o consigo un costal de arroz (con la ayuda de algunos de ustedes, gracias). A veces siento que ya no son tan conscientes de mi “estar” aquí; y así, me ha tocado participar o ver cómo la familia discute y resuelve asuntos diversos; y —algo muy afortunado en verdad— también acompañarlos, a veces, tocando música con ellos, a las celebraciones familiares que son *dundunbas* o *solis* bien tradicionales donde hay puras mujeres, principalmente señoras, que cantan y bailan bien fuerte, a diferencia de los *dun dun bas*, más urbanos, a donde van todos los músicos y bailarines de danza folklórica, y donde casi no se canta.

El haberme mudado de Lambanyi provocó un gran problema que comprendo, pero ya no puedo resolver: M'Bemba se molestó conmigo, pues dice que como yo vine aquí por medio de él, si algo me pasa él es responsable, y tiene razón. Pero es verdad que desde que me sumergí de lleno en la vida y tiempo conakrense, he aprendido mucho más; por ejemplo, la esencia del saludo local, que es igual en las diferentes lenguas. En susu: *Aniarafi?* (“¿Cómo estás?”), *Dondoronti!* (“¡Un poco!”). En malinke: *Aitamana* (“¿Cómo estás?”), *Donni!* (“¡Un poco!”). En pul o fula: *Omarsude?* (“¿Cómo estás?”), *Seda!* (“¡Un poco!”). Hay quienes también lo aplican al francés (no sé si está bien escrito, por cierto): *Ã sava?* (“¿Cómo estás?”), *Un peau!* (“¡Un poco!”). Así es aquí: todo marcha poco a poquito, no te apresures...

También he podido sentir la paradoja del sistema guineano, que por un lado es un comunismo contundente, y por otro lado tiene jerarquías bien delimitadas e inviolables; por ejemplo; aquí se comparten todo: si hay una silla y dos personas, es posible que se sienten las dos mitad y mitad, pero entre un adulto y un niño, el niño debe cederle el asiento al mayor. Aquí no importa mucho la fecha exacta de tu nacimiento, sólo el año, y ésa es la referencia con que te vas a dirigir en tus relaciones con las personas: tus amigos de la misma edad son como tus iguales, tus

amigos mayores que tú son tus *grandes frères*, y tus amigos menores son tus *petits frère*. Igual con los hermanos: me vas a presentar a tu *tara* (mayor) o a tu *khouyan* (menor). Ya después vendrán otras jerarquías, obtenidas por el reconocimiento a tu trabajo. Aquí es muy común que cuando alguien tiene una jerarquía alta, tenga mucha gente a su alrededor que, de manera aparentemente incondicional, valga la expresión, “le hacen los mandados”. También los niños trabajan muchísimo para sus mayores, por eso todos, hombres y mujeres, saben hacer los quehaceres de la casa, porque desde pequeños los ponen a lavar ropa, barrer, limpiar, cargar agua y otras cosas. El otro día, el maestro de una amiga burlonamente presentó al más joven de los hijos de su casa como “el pequeño esclavo de la familia”.

A veces me sorprende que perciban que estoy en un paraíso: para nada. Aquí la vida es dura: el agua, el alimento y el transporte son escasos, los choferes de los vehículos no respetan ni a los niños (ya me ha tocado ver accidentes porque los autos se les dejan ir a las personas), seguido hay incendios por las velas y las lámparas con que la gente se alumbra dentro de las casas, siempre habrá alguien esperando que termines de comer para ver si quedó algo de arroz con que saciar su hambre constante, hay basura por todos lados, mucha gente que fallece de un día a otro por enfermedades misteriosas o para las cuales no hay medicamentos aquí, y no quiero ni hablar de la falta de derechos humanos con que viven muchas mujeres. Esto es una parte de África: un pueblo resistiendo la austeridad a pesar de la riqueza de su tierra (aquí hay diamantes, oro y muchos minerales, pero si se llegan a extraer, no son ellos los beneficiados). Los guineanos añoran ir al *Foteta* (ciudad de blancos), que idealizan como un lugar sin problemas y donde podrán ser remunerados por su trabajo (como los mexicanos van a EU), sin darnos cuenta que *Foteta* es rico gracias a la pobreza de nuestros países. Pero gracias a Dios, Alá o como lo llamen, aquí, como en nuestros pueblos mexicanos, conservan la mayor riqueza: su tradición, su música y las danzas de los abuelos; y en el mejor de los casos siguen cantando sobre su vida y sus costumbres para no pensar en tanta necesidad, en tanta injusticia por la falta de empleos (muchos guineanos fuman muchísimo, argumentando que lo hacen para ahuyentar los pensamientos, porque no es bueno pensar demasiado); porque también muchos hombres y mujeres “que no tienen paciencia” —como dicen algunos— y se extravían consumiendo alcohol, o mujeres prostituyéndose desde muy corta edad.

VIII

Conakry, Guinea, África occidental. 16 de abril del 2004.

1. Escuchas en la radio pura música africana en sus diferentes variedades: tradicional, popular, rap, reggae, hip hop o latino.

2. El olor y el humo de la basura que la gente quema de vez en cuando.

3. Se te hace agua la boca al ver los árboles cargados de mangos. Te sorprende la dulzura de frutas que son verdes por fuera aunque estén ya maduras: plátanos, naranjas, mangos, o las sandías, que son blancas por fuera.

4. La letanía de bendiciones musulmanas que te donan algunos ciegos y viejos cuando les das la limosna que te solicitan.

5. Te vas acostumbrando a escribir en las noches a la luz de una vela.

6. La voz burlona, quejumbrosa o juguetona, de Soba, la hermana de mi maestro, que no tiene piernas, tiene los brazos deformes y no puede hablar bien. El brillo de sus ojos preciosos cuando te mira contenta.

7. Percibes espíritus fuertes en cuerpos fuertes de niños, hombres y mujeres que tienen desarrollados todos y cada uno de sus músculos, pues desde pequeños realizan todo tipo de trabajo físico.

8. El olor penetrante de todos los baños de Conakry.

9. Miras aquí a hombres de todas las edades y rangos que se toman de la mano sin problema, se saludan y se quedan o caminan así un rato: pueden ser militares, artistas, hombres religiosos vestidos con sus *bubus* (túnicas) tradicionales, jóvenes apuestos vestidos a la moda, etc.

10. Ojo amigos de la tradición. El sabor agri dulce del “pozol” africano que se llama *yefuré*, hecho a base de maíz, agua, azúcar y un poco de arroz. Éste, como el pozol chiapaneco, también es muy importante para los guineanos: en tiempo del ayuno del Ramadán, lo beben entre el último rezo del día y el ayuno nocturno.

11. La escasez de monedas: todo se paga con billetes de 100, 500, 1000 o 5000 francos, muchos de ellos gastadísimos.

12. Los árboles bailaban contentos con la brisa fresquísima de una extraordinaria pero breve lluvia que cayó en Conakry una noche en esta temporada de secas.

IX

Hasta que llegué al *village*, sentí como que llegué a África de verdad; los 3 meses anteriores vi muchas cosas en Conakry, pero ahora comprendo que el caos, la basura, la gente buscando el dinero y la música

tradicional descontextualizada son males comunes en la mayoría de las ciudades capitales de los países que llaman “en desarrollo”. La aldea malinke a la que llegamos se llama Kato, y es increíble cuánta música guarda este pueblo tan chiquito; es una de las aldeas más tradicionales de la región: todas las mujeres visten *tafi* (la falda o enredo tradicional) que armoniza con su ambiente: el suelo es como de una arena blanca y no hay casi nada de plantas, más que árboles (de mango, sobre todo), y los espacios familiares están organizados en núcleos de varias casitas redondas (*timabum*) hechas de la misma tierra y arena que aquí, rodeadas de grava local, con sus techos de paja: las suelen pintar con un preparado de estiércol de vaca, y los muebles son de madera de la localidad, que los carpinteros del pueblo trabajan. Se come arroz y yuca que siembran aquí mismo, y se obtiene agua de pozo o de la bomba del pueblo. La ropa se lava con un jabón que se fabrica aquí mismo, en un río bien grande y cristalino que está no muy lejos del pueblo. Hay muchas gallinas, chivos, borregos y vacas en la aldea, por eso en la salsa del arroz o del *to* (comida tradicional malinke que consiste en una masa de yuca y una salsa) se come pescado, pero también mucha carne de res. El primer día que llegué me sorprendieron los sonidos de la aldea, se oían muchos gritos, y es que hay muchos bebés y niños en la aldea, y siempre se oye uno o varios niños llorando, más los animales que balan; al principio, me inquietaba un poco. También aquí se siente con fuerza la energía de la naturaleza y de la magia: he sentido todo lo invisible que se mueve entre las personas y la presencia de sus antepasados, así como lo imponente de una lluvia en la sabana, con los truenos y el viento, sobre todo si te agarra a medio camino entre un pueblo y otro. Aquí he aprendido más maninkakan (la lengua malinke), pues aquí sólo los jóvenes que van a la escuela hablan francés. Los malinkes se saludan muchísimo, y desde que amanece ya estás oyendo las múltiples y largas saluciones y bendiciones que se prodigan unos a otros; luego hay otros saludos para el mediodía, la tarde y la noche. Al mediodía mucha gente hace una siesta porque el calor es apabullante, y en la frescura de la noche, después de cenar, he notado que la gente dedica un tiempo a socializar y visitar a sus amigos y familiares, y los niños, que juegan, pero también trabajan mucho (yendo por agua al pozo, cargando leña o ayudando a sus mayores), pasan largo rato jugando libres por la aldea, sin que nadie los regañe o les diga que ya es hora de dormir. La vida en el centro de Kato gira en torno a un gran árbol que se llama Duvalenyu, y ahí es donde se ponen las mujeres con sus puestitos de mangos, algunas telas, cebollas y condimentos, mañana y tarde. También ahí se hacen los *dundunbas* de tambor, baile

y cantos. Hay dos tienditas que tienen cosas bien básicas como azúcar, algunas medicinas, latitas y sobrecitos de leche, alguna lata de sardinas, jabón, cigarros y pegamento, y dos puestitos chiquititos de *café noir* (expres) y refrescos al tiempo, pues aquí no hay electricidad. Aquí no hay pan ni otra fruta más que mangos y otra fruta acidita que se llama *sanban*, pero hay leche y los mejores cacahuates que he probado. Las flores y frutas llegarán con la temporada de lluvias, así como abundante arroz y maíz. En el pueblo vecino asistimos a la fiesta anual del *Delamon*, que consiste en un gran *dundunba* donde llegan danzantes y músicos de las diferentes comunidades. Después de la danza de los “hombres fuertes” y los cantos de las mujeres, todo mundo parte con sus redes y trampas de pescar a un lago cercano, a sacar peces de todos tamaños. El acontecimiento es casi milagroso, y la magia se siente fuerte: la noche anterior había habido un eclipse lunar y cayó una lluvia impresionante, que derrumbó varios árboles.

Por otro lado, no sé exactamente cómo sucedió, sólo sé que de repente un día comencé a pensar demasiado en mi maestro, a buscarlo con la mirada, a no poder dormir por su recuerdo... Él dice que algo parecido le pasó, y que un día se dio cuenta que debíamos estar juntos. En algún momento me confesó que fue el secreto del *kamerengoni* lo que nos afectó, pues éste es un instrumento sumamente peligroso, que solamente utilizan los *griots* para acompañar a los cazadores. Y es que un día se puso a tocar el *kamerengoni* de su padre (que en paz descanse) y que tiene su secreto, y parte de ese secreto es el que le hizo tener ocho esposas y cuarenta y cinco hijos en total. Pero mi maestro dice que no quiere tener muchas esposas, por eso no ha vuelto a tocar ese instrumento desde que nos quitó el sueño a él y a mí. Y mientras asistíamos a la fiesta del pueblo vecino, en una conjunción de magia y celebraciones antiguas, pasaron muchas otras cosas: mi boleto de regreso a México sufrió una serie de cambios de fechas que llegue a pensar que ya me iba a quedar en la aldea para siempre; el chofer del taxi que nos trajo al *vil-lag* prácticamente secuestró el vehículo y desapareció una semana para trabajar por su cuenta, dejándonos aislados y sin dinero; y como lo anduvimos buscando hasta el cansancio, caminando y bajo el sol, me dio paludismo por un día, porque gracias a Dios teníamos un medicamento de emergencia a la mano.

Quizá regrese a fines de mayo a México, si los guardianes de este lugar me dan licencia, y encuentro como desencaminar mis pasos, pues tengo guardados muchos abrazos para mi gente del otro lado del mar...

Fatumata Keyta, mi nombre malinke.

X

Después de cantos de despedida, la entrega de recuerditos, recomendaciones y protecciones, y tras compartir unos vasos de pulque africano, me fui de Conakry dejando una Guinea más verde, no sé si por el agua que cayó del cielo o por el sudor y las lágrimas mías que llovieron durante mi estancia allí. Pero traigo el cuerpo pleno de danzas, de lenguajes rítmicos y de melodías palpitantes.

Veo cómo las dificultades de tiempo y economía para escribir en internet me hicieron redactar correos apresurados y a veces confusos, pero esto se debe en parte a que en Guinea, como en México, no es fácil trazar una línea divisoria entre lo que llamamos “realidad” y la “magia”: sobre todo en la aldea, pues por la vida tan orgánica se experimenta una dimensión temporal y espacial diferente, donde reina la fuerza de la naturaleza en todo su potencial y la gente vive por completo conectada a ella, y en esa relación hombre-tierra-lluvia-animales-sol-agua-rayos-danza-familia-semillas-trabajo-plantas-salud-etérea, suceden cosas que para ellos son “naturales”, pero que los extranjeros occidentalizados sentirán, o sentiremos, como “sobrenaturales”. No me parece casualidad que al llegar a la aldea nos hayan sucedido tantos accidentes de comunicación y transporte: allá se siente cómo estas energías naturales llegan a imponerse a la escasa y sencilla tecnología que utilizan (lo más “avanzado” que puedes encontrar aquí son bicicletas, motos, y un motor que genera electricidad para la casetera cuando hay fiesta en la aldea o para un televisor que se enciende cada noche entre las 8 y las 11 pm). En la aldea es el único lugar donde llegué a sentir miedo de verdad, y varias veces.

En un viaje como éste, además, no es fácil distinguir si las cosas son producto de la voluntad o del destino. En todo momento, desde que llegué a África, hubo una parte de mí que miraba todo con atención, curiosidad y sorpresa; pero también había otra parte dentro de mí que permanecía serena, como recordando este mundo desde una como antigüedad. Fue en la aldea también, sobre todo en las noches de luna clara, donde se acentuó esta sensación de confirmar algo que ya conocía en sueños. En muchos momentos, tanto agradables como desagradables, sentí la certeza de estar viviendo un destino largamente intuitivo que, como le comenté a alguien antes, no necesariamente era bonito y glorioso, simplemente era, con toda la crudeza que pudiera llegar a tener, con sus momentos sublimes y otros que (como también ya dije antes a alguien) son tan duros que te oprimen hasta que lloras. Y es difícil explicarlo pero siento que, paradójicamente, cuando uno voluntariamente busca un destino, éste llega o lo encuentras, y te hace liberar entonces la propia voluntad para

dar paso a aquello que ya te está esperando, y en ese momento casi no puedes tomar elecciones o decisiones; o a lo mejor es sólo el espíritu de África, pues la espera, la carencia material y ciertas costumbres suelen limitar tus pasos y tu voluntad de hacer cosas, y te hacen sentir como a expensas de Dios y la fuerza del destino; por eso la gente aquí tiene una fe inquebrantable.

Semanas antes de partir me tocó el comienzo de las lluvias, cuando la tierra está tan sedienta que se bebe todo el jugo de las nubes en cuanto toca su superficie, sin dejar charcos: del líquido no queda ni una huella. Luego, un día, a mediados de mayo, llegó para los guineanos un ventarrón y la tormenta indicadora de que había que sembrar la milpa, la yuca y el cacahuate: y eso fue lo que hicimos. Con las aguas también llegaron las moscas, el permiso para comer mangos y muchas bodas.

Salí el sábado 29 de mayo, al atardecer, de Conakry, y viajé hacia Europa durante unas siete horas, pero la noche duró menos que eso, pues llegué a Bruselas al amanecer. Esa misma mañana salí de ahí hacia la Ciudad de México, previas escalas en Nueva York y Miami, por lo que no volví a ver la noche sino hasta después de aproximadamente veinte horas de viaje, llegando a la capital mexicana al atardecer.

Encuentro un México de tierras fértiles, colores brillantes, muchas flores y frutas, pero con ciudades excesivamente contaminadas de artículos “de fantasía” (chatarra) y consumismo, y donde predominan los comerciales y las noticias intrascendentes en sus televisoras, radio y publicaciones. Me da gusto estornudar y que cualquier persona me diga “¡salud!”, y me sorprende la amabilidad de la gente aun en la Ciudad de México: “¡cuídate!”, me dijeron tanto el chofer del taxi como el del microbús que tomé para llegar a casa de mi abuela, donde, como dice ella, me dio el “ramalazo del viaje”: los cambios de horario, calidad de agua y alimentación, clima, altura, contaminación, lenguaje y hasta posturas, me provocaron primero una gripe que me bajó las defensas, volviendo la malaria así a consumir mi sangre durante una semana.

Alanike (“Gracias a Dios”) me recupero y regreso a Coatepec, Veracruz, después de un viaje tan intenso, y encuentro mi casita profanada, rentada por la casera con todo y mis pertenencias a un joven pintor: veo mis objetos personales al servicio de una comunidad de chavos buena onda, pero desconocidos para mí: me siento como un espíritu que regresa a contemplar cómo sigue la vida en aquel espacio que habitó: hay que reparar el templo-corazón-cuerpo-casa transformados por esa visita a mi destino a donde, en un futuro no muy lejano, ¡quiero regresar!

Lilly Makhissa